Master Negative
Storage Number

OCI00044.05

Historia de las dos doncellas

Madrid

1893

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

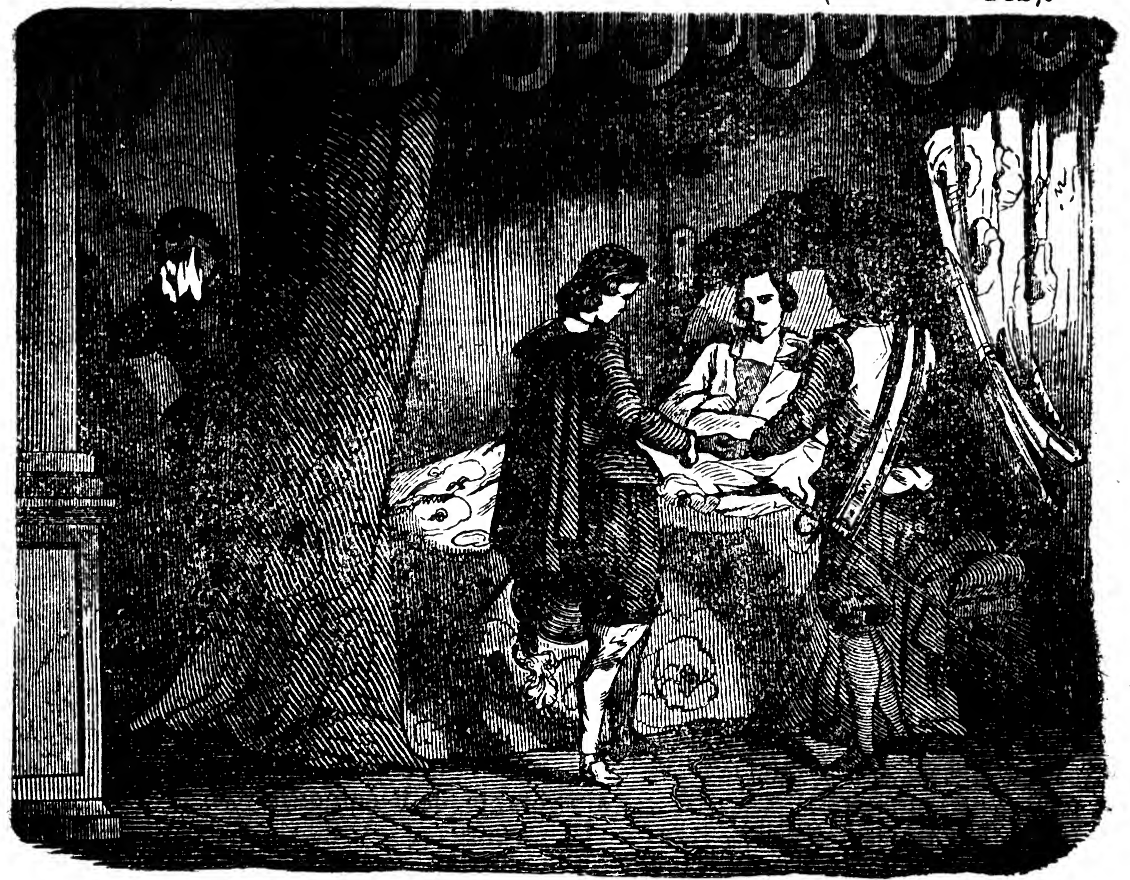
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00044.05

Control Number: ADT-5129
OCLC Number : 29715852
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HDOS
Title : Historia de las dos doncellas disfrazadas y raros acontecimientos de ellas.
Imprint : Madrid : Hernando, 1893.
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Note : With: Historia de los famosos bandoleros de Andalucía, llamados vulgarmente los niños de Écija. Madrid : Hernando, [1893?].
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS).



HISTORIA
DE LAS
DOS DONCELLAS DISFRAZADAS
Y
RAROS ACONTECIMIENTOS DE ELLAS

MADRID
DESPACHO: HERNANDO, ARENAL, 11
1893


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE LAS

DOS DONCELLAS DISFRAZADAS.

CAPITULO PRIMERO.

Teodocia, en traje de hombre, llega á una posada.—Quiere allí pasar la noche sin ser conocida.—Llega su hermano de un modo inesperado.—Ella, sin conocerle, se descubre á él.—Se declara su protector el hermano.

Era una tarde silenciosa del mes de Diciembre. Ya el sol se habia ocultado en el lejano horizonte, y el cielo, encapotado en blanquecinas nubes, anunciaba á la tierra la proximidad de una noche lluviosa. Junto al hogar de una posada, en el pueblo de Castilblanco, situado á cinco leguas de la ciudad de Sevilla, se hallaban ocupados en el repaso de cuentas de los gastos de aquel dia el posadero y su esposa, cuando resonando en el zaguan las pisadas de un caballo fueron interrumpidos por la llegada de un viajero. Era este personaje un mancebo de gallarda presencia y estremada hermosura, que, con el sombrero á las cejas y el embozo hasta los ojos, caminaba en un soberbio caballo. El traje y apostura del recien venido escitaron la codicia de los posaderos, quienes con reiterados elogios le encarecian la cama y la cena que habian de disponerle. El jóven acortó tan importunos ofrecimientos, diciendo que nada queria de cenar y solo necesitaba descanso, para lo cual pedia un aposento donde recojerse. La posadera le contestó que solo habia uno desocupado, pero con dos camas; siendo por lo tanto forzoso, si él ocupaba la una, que la otra sirviese para el primer huésped que llegase. —Fácilmente podrá ser solo mio el aposento, contestó el mancebo, si

se os pagan por completo las dos camas. Tomad, aquí teneis un escudo de oro: venga, pues, la llave. La mujer, viendo relucir en su mano la moneda, nada tuvo que replicar, y conduciendo al mozo hácia el cuarto desocupado, allí le dejó bien cerrado por dentro.

Así que la posadera hubo vuelto al lado de su marido, trabó con él conversacion sobre la gentileza y donaire del recien venido, y casi al mismo tiempo vieron entrar á otro de poca mas edad que aquel y de no menos gallardía. La posadera, que para entenderse con los viajeros era mas hábil que su marido, tan luego como el mozo se apeó del caballo, se apresuró á decirle:—Muy en mal hora llegais á esta casa, señor caballero, porque no tengo aposento ni cama que daros; y á fé, que poco mas antes que hubiéseis llegado, fácilmente hubiera podido acomodaros, pues dos camas que habia desocupadas las ha tomado para sí solo el jóven mas donoso que jamás pisó estos umbrales.—Pues en ese caso, podríamos pedirle que me cediese la una, replicó el mozo.—Imposible seria eso, repuso la mesonera, porque habiéndome pagado las dos camas, inmediatamente se cerró por dentro la puerta, como si tratase de que nadie le viese la cara; y por cierto que no tiene por qué esconderla, como no sea por temor de dar envidia al mas gallardo doncel.—¿Tanta es su hermosura? preguntó el jóven.—Puedo aseguraros que nunca otra semejante vi en hombre.—Pues os aseguro que cualquiera que fuere la hora de su salida del cuarto, yo tengo de ver hasta dónde llega vuestra ponderacion; porque de aquí ya no salgo esta noche, aunque hubiera de pasarla en el pajar. ¡Cáspita! ¿y quién vuelve á ponerse en camino con el aguacero que descarga y el vendabal que está soplando? Ea, pues, disponedme la cena, que á esto creo no podreis negaros cuando la paga sea buena y corriente.

La posadera no pudo resistir á las instancias del jóven y se dirijió á la cocina para darle de cenar. En aquel momento entró en la posada un alguacil del pueblo, y sentándose á calentar junto al fogon, trabó conversacion con la posadera, su marido y el jóven viajero. Trataron al principio de asuntos diferentes, viniendo á poco á las alabanzas del huésped de las dos camas; tanto que, ya el segundo jóven, ardiendo en deseos de ver hermosura tan ponderada, dijo al mesonero:—Si haceis de modo que yo entre á ocupar la cama sobrante de su cuarto, he de gratificaros con un escudo de oro. A esta proposicion, el alguacil, que profesaba grande amistad al mesonero, les propuso facilitar el que abriese la puerta y cediese una cama el viajero encerrado; para lo cual dijo:—Yo llamaré á la puerta como que soy un alguacil enviado por el alcalde con órden espresa de aposentar aquí á este caballero, y que no habiendo mas cama ni habitacion que la de ese jó-

ven, se hace forzoso que dé la entrada en ella al que viene por mandado de la justicia. Todos aplaudieron la idea del alguacil, y al instante se puso por obra, dando tan buen resultado, que logró el caballero verse dentro de la cama inmediata á la del hermoso jóven. Este no consintió en que nadie le viese de cara, pues apenas corrió el cerrojo de la puerta, volvió á acostarse con el rostro hácia la pared y pronto hizo que dormia.

El segundo, que ya veia logrado su deseo de pasar la noche descansado y poder ver á la mañana el semblante del otro, permaneció en silencio, procurando dormirse. Hízolo así, en efecto; pero á la media noche fué despertado por los sollozos y suspiros del hermoso doncel, que parecia partírsele el alma. Escitada la curiosidad y algun tanto la compasion del segundo, se puso á escuchar atentamente, y aunque las camas se hallaban un poco distantes, pudo comprender de una débil voz sofocada por los sollozos estas palabras: ¡Oh desdicha! ¿ adónde me arrastra la fuerza de mi estrella despiadada? ¿Cuál será el resultado del temerario empeño en que me he metido? ¡Qué poco vale la esperiencia de los pocos años! ¿Así menosprecio mi honra? ¿Merece mi amor tan poco agradecimiento? ¿Por qué tal desprecio al respeto de unos padres queridos y unos padres honrados? ¡Por dejarme llevar ciegamente de mis locos deseos! ¡Cuán poco, ingrato, pensarás en mí á estas horas en que yo vierto amargo llanto á tu memoria!

El otro jóven, que habia escuchado tan sentidas quejas, no pudo dudar que aquel derramaba copiosas lágrimas y que quien las vertía era mujer, lo cual le avivó mas el deseo de conocerla. Con este objeto y por si en algo podia fovorecerla, creyó conveniente hablarla, y así la dijo:—Ciertamente, caballero, que seria mi corazon mas insensible que de piedra, si al oir vuestros suspiros y las quejas con que lo habeis acompañado, no se doliera de vuestros males ofreciéndoos el apoyo de un discreto caballero, si en algo pudiere serviros. Ruégoos, por lo tanto, que si este interés que os manifiesto merece de vuestra parte alguna cortesía conmigo, me confieis la causa de vuestras penas, seguro de que mi pecho sabrá guardar el secreto.—Si el dolor que me aqueja no me hubiese quitado el conocimiento, contestó el otro, bien debiera yo haber pensado que no estaba solo en este cuarto y hubiera contenido mi lengua; pero ya que cometí la pimera indiscrecion, no quiero caer en la segunda négandoos lo que me pedís con tan marcada cortesía, confiando en que sabrá vuestra discrecion hacer el uso conveniente de las palabras que voy á revelaros, y así, escuchad:

Primeramente, sabed que soy una infeliz mujer, llamada Teodo-

cia, nacida en un lugar de los mas bellos de Andalucía, hija de padres muy nobles y bastantemente ricos. Tengo un hermano que, dedicado al comercio, ahora está ausente de nuestra casa. Yo, educada por mis padres con todo el esmero y recogimiento correspondiente á su clase, vivia virtuosa y tranquila hasta que mi estrella me puso ante la vista del hijo de un vecino nuestro, cuya nobleza y bienes de fortuna en nada cedian á los de mis padres. La gentileza, el donaire y las costumbres de tal jóven eran alabadas por todo el pueblo, disputándose á porfía la gloria de merecer una mirada suya las doncellas mas virtuosas. Una de las ventanas de su casa estaba frente á frente de otra de las mias; con que inútil será decir que desde sus primeras miradas no rehusé las ocasiones de poder desde allí escuchar su discrecion y cortesía. Como al amor le basta un estrecho camino para dirigir sus primeros pasos, las miradas de entrambos encendieron nuestros pechos, y pasando de los ojos á la lengua, mi jóven vecino me declaró su deseo, sirviendo sus palabras para fomentar el mio, desahogando en lágrimas y juramentos el fuego de nuestro firme y honesto amor. Acojida en mi corazon su palabra de ser mi esposo, aun cuando sus padres le destinaban para otra, yo le prometí ser suya; y esperando la ocasion oportuna para verificar nuestra boda, nos hablábamos y tratábamos. Concertado el dia en que habia de sacarme de casa de mis padres para ponerme en depósito, yo aguardaba impaciente aquella dichosa hora, cuando la víspera desapareció del pueblo, sin que sus padres ni persona alguna supiesen dónde habia ido. Cuál quedaria yo, solo puede pensarlo quien hubiese amado de veras. Perdido el conocimiento, vertiendo abundantes lágrimas, hice mil locuras y estremos, pidiéndole al cielo me descubriese algun camino para mi remedio. El que solamente hallé fué vestirme de hombre y salir en busca del engañador de mis honestos deseos y bien fundadas esperanzas. Acogido en mi mente tan halagüeño proyecto, púseme un traje de mi hermano y tomando un caballo de mi padre, me puse en camino una noche oscurísima con intencion de dirigirme á Salamanca, donde presumí que habia ido Marco Antonio, que así se llamaba mi pérfido amante. Considerad, caballero, cuánto será mi dolor, si á mi primera pena se agrega la del disgusto que habré causado á mis padres, y el temor de que me vengan siguiendo y me descubran por el vestido y el caballo: y si esto no sucediere, lo mas posible será encontrarme con mi hermano, que deberá estar hácia esta parte que yo me dirijo. A pesar de todo, aunque me cueste la vida, resuelta estoy á no volver á mi casa sin haber encontrado á mi desalmado esposo, pues no podrá negarse á serlo mientras yo conserve varias prendas suyas, entre ellas una sortija de diamantes con el lema que dice: «Marco

Antonio, esposo de Teodocia.» Si cuando le hallare se negase á cumplir la palabra prometida, sabré quitarle la vida ó perecer yo en la demanda. Ahora ya, caballero, que os he referido la historia que deseábais saber, os ruego encarecidamente me aconsejeis el modo cómo yo pueda salir de los peligros que me cercan, y por dónde podré llegar á conseguir lo que tanto deseo.»

El jóven, que habia escuchado la historia de la enamorada Teodocia, quedó sin responder palabra un largo espacio de tiempo, tanto que la doncella, creyéndole dormido y que no habia escuchado nada, le dijo:—¿Dormís, caballero?—Tan despierto estoy, contestó el jóven, que vuestra desgracia me afecta el corazon hasta el punto de poderos asegurar que la siento como vos misma; y así, no solo me limito á daros el consejo que me pedís, sino que quiero ayudaros en la empresa que os habeis propuesto. Vuestros pocos años disculpan, señora, vuestros desaciertos. Ahora, sosegaos; dormid tranquila lo que resta de la noche, y á la mañana trataremos los dos el modo de conseguir vuestro remedio.

Agradeciendo Teodocia el interés que aquel desconocido la manifestaba, hizo por tranquilizarse algun tanto, y durmió dejando al caballero que hiciese lo mismo. No bien el jóven vió la luz del dia, cuando dejando la cama, dijo:—Desventurada Teodocia, levantaos; venid al lado de quien está resuelto á no abandonaros hasta que os vea legítima esposa de Marco Antonio; ó cuando á ello se negare, él ó yo perdamos la vida. Bien veis, señora, el empeño en que me ha puesto vuestra desgracia. Dijo, y abrió en el instante la ventana del aposento. Teodocia, que hacia largo rato deseaba ver el rostro de aquel que tan propicio se le mostraba, fijó en él sus ojos y quedó en el momento inmóvil y fria como un mármol: el caballero á quien habia revelado sus secretos, aquel que tenia delante era su hermano. Sin embargo, el temor la dió esfuerzo y el peligro discrecion: con lo cual, tomando una daga y presentándosela á su hermano por la punta, le dijo con voz turbada:—Mi señor y querido hermano, toma, castigue tu justo enojo mi culpa como merece: ninguna compasion detenga tu brazo; mi arrepentimiento no me sirva de disculpa. Su hermano la miraba enternecido, pues aunque su delito le inclinaba á la venganza, las sentidas palabras de la doncella, su desconsolada situacion, hablaban al corazon de un hermano, de módo que, serenando su enojo, con semblante agradable, la tendió una mano asegurándola que por todos los medios posibles la procuraria su remedio, con lo cual ninguna cosa debia temer por la venganza del agravio que en él redundaba. Reanimada Teodocia con semejantes promesas y alborozada, viéndose de modo tan inesperado al

lado de su hermano, le echó los brazos al cuello y le estrechó en ellos anegada en lágrimas. Don Rafael (que así se llamaba el hermano) procuró distraerla de tal suceso, y la dijo que de allí adelante mudaria su nombre de Teodacia en Teodoro á fin de proseguir completamente el incógnito. Dispusieron su marcha, y en el momento de ir á emprenderla, entró en la posada un hidalgo, al cual don Rafael reconoció por un amigo suyo, y saliendo á su encuentro se abrazaron los dos, permaneciendo Teodoro en el aposento por no ser indiscretamente descubierto. Preguntando al recien venido qué nuevas dejaba en su pueblo, contestó á don Rafael que venia del Puerto de Santa María, y allí dejaba cuatro galeras próximas á partir para Nápoles, y en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio. Esta noticia tan inesperada llenó de regocijo el corazon de don Rafael, y apresuradamente se puso en camino, acompañado de su hermana.

CAPITULO II.

Don Rafael y su hermana se dirijen á Barcelona.—Encuentro de Leocadia disfrazada.—Historia de la jóven doncella.—Las dos rivales estrechan su amistad.—Salen las dos en seguimiento de su pérfido amante.

Luego que anduvieron algunos pasos, don Rafael comunicó á su hermana las noticias que habia tenido de Marco Antonio, y que su parecer era dirigirse á Barcelona sin perder un momento, porque parando allí las galeras que pasan á Italia, fácilmente podrian ver á Marco Antonio. Lo hicieron así en efecto, y llegando cerca de un pueblo distante nueve leguas de Barcelona, que se llama Igualada, supieron que todavía no habian llegado las galeras al puerto de aquella ciudad; lo cual fue para los dos hermanos noticia de gran satisfaccion. Llenos de regocijo caminaron ambos hasta la entrada de un bosque, y cuando en él iban á internarse, vieron venir hácia ellos un hombre corriendo como asustado. Se puso delante don Rafael y, deteniéndole el paso, le preguntó:—Buen hombre, ¿por qué así correis, al parecer tan asustado?—Voy, señor, huyendo de una partida de salteadores, contestó el hombre, de los cuales casi por milagro he podido escapar en medio de este bosque.—¡Dios mio, salteadores en el bosque por donde nosotros vamos á pasar! esclamó acongojado el jóven que acompañaba á don Rafael.—Nada temas, hermano mio, replicó este; el cielo velará por nosotros en vista del sano objeto que nos trae por este

sitio.—Regularmente á estas horas ya los bandoleros se habrán ido, añadió el otro; porque al escaparme yo quedaban atando á los árboles del bosque mas de treinta pasajeros, á quienes habian robado completamente, y se habrán retirado á su guarida para repartirse la presa.

Decidido don Rafael á proseguir adelante, y animado su acompañante con el deseo de llegar á tiempo á Barcelona para impedir la marcha de Marco Antonio, continuaron el bosque adentro, y poco tuvieron que andar para encontrarse con los atados á los árboles, que habia mas de cuarenta. Desconsolador era el cuadro que á la vista ofrecian aquellos infelices, la mayor parte medio desnudos, casi todos molido el cuerpo á golpes y llorando su desventura. Los dos hermanos los miraron compadecidos, y dieron mil gracias al cielo que les habia librado de tan grande peligro. Entre tantos desgraciados, llamó principalmente la atencion de Teodoro uno como de diez y seis años, en el tronco de una encina, solamente con la camisa y unos pantalones de lienzo. Lo agraciado de su cuerpo y la belleza de su rostro, contrastaba notablemente con lo desaliñado de su traje, y mas que otro alguno escitaba la compasion. Teodoro se apeó de su caballo, y dirigiéndose á él, cortó los cordeles que le sujetaban al tronco: el doncel agradeció el beneficio con palabras muy corteses, y Teodoro, queriendo auxiliarle completamente, mandó á su criado que acercase su capa y se la pusiese al jóven. Mientras esto hacia, Teodoro con la mayor amabilidad le preguntó:—¿Adónde caminais, jóven interesante, de qué lugar veniais y de dónde sois?—Nacido en Andalucía he salido de Sevilla con intento de pasar á Italia y probar fortuna en el ejercicio de las armas; pero la suerte, que de algun tiempo á esta parte se me manifiesta enemiga, se opuso á mi designio, haciéndome hallar al paso una partida de bandoleros, que me llevaron en dinero una suma considerable y mis ropas que valian mas de trescientos escudos. Sin embargo pues, he tenido la fortuna de librar sin lesion alguna, y gracias al cielo, he recobrado la libertad: voy á proseguir mi camino.

Los dos hermanos, oyendo la gracia con que el mozo se espresaba, seducidos por su hermosura y compadecidos de la situacion en que le veian, resolvieron favorecerle en cuanto pudiesen. Le hicieron subir en un caballo, y montando con él Teodoro, partieron á paso bien largo, llegando en poco tiempo á Igualada. Supieron allí que las galeras habian arribado á Barcelona para volver á marchar despues de dos dias. Cuando caminaban á caballo, Teodoro fijó la vista en las orejas del mozo y advirtió que las tenia agujereadas; lo cual, junto con cierta modestia que se descubria en sus miradas, le hizo sospechar si seria mujer, pero se abstuvo de hacerle pregunta alguna, reservándose preguntarle á solas cuando estuviese en la posada.

En la hora de la cena, don Rafael le preguntó el nombre de sus padres, por si acaso era de alguna de las familias conocidas de él en Andalucía. El mozo contestó que era hijo de don Enrique de Cárdenas, á lo cual replicó don Rafael:—Yo conozco muy bien á ese don Enrique de Cárdenas, vecino de un pueblo muy próximo al mio, y sé que no tiene hijo alguno. Si habeis tomado su nombre por no descubrir el verdadero de vuestro padre, nada mas me digais y perdonadme la indiscrecion de mi pregunta.—Es cierto que don Enrique no tiene hijos, repuso el mozo; pero los tiene un hermano suyo llamado don Sancho.—Tampoco ese tiene hijos, que tiene solamente una hija y por cierto que dicen es la mas hermosa doncella de Andalucía: yo nunca la ví aunque varias veces estuve en el lugar.—No puedo negaros, caballero, que todo cuanto decís es verdad: don Sancho tiene solamente una hija; pero no tan hermosa como habeis dicho. Si os dije que yo era hijo de don Sancho fué solo por hacerme valer en algo; porque á la verdad, no lo soy sino de un mayordomo suyo, tal vez el sirviente mas antiguo de la casa. Por ciertas desavenencias de familia, resolví pasar á Italia, como os he dicho, y tomándole á mi padre gran cantidad de dinero, me puse en camino.

Cada respuesta del mozo hacia que Teodoro se afirmase mas y mas en su sospecha; y así, concluida la cena, buscó medios de apartarse á un lado con él y le dijo:—Si despues del corto tiempo que nos conocemos, puedo merecer que me concedais una gracia, os ruegó me perdoneis si son indiscretas las palabras que voy á dirijiros. Aunque veis que mis años parecen ser tan pocos como los vuestros, en mi corta esperiencia de las cosas del mundo, he llegado á sospechar que no sois varon, como apareceis por el traje, sino mujer tan noble y principal, como vuestros modales y hermosura declaran: que sereis desgraciada, bien se deja conocer en la mudanza del traje; pues siempre tales mudanzas se hacen por ir en busca de un bien que no se posee. Decidme si no es verdad lo que sospecho; y si así fuere, os juro por fé de caballero guardaros el secreto y ayudaros en cuanto yo pudiere. Mal podreis negarme que sois mujer, porque vuestras orejas lo están relevando.

Todo el tiempo que Teodoro estuvo hablando, el mozo le escuchó sin poder disimular su sobresalto; hasta que, cuando aquel hubo callado, le cojió las manos, se las besó, y bañándoselas en lágrimas, dando un profundo suspiro, exclamó:—Ni puedo ni quiero ya negaros, caballero, cuán cierta es vuestra sospecha; mujer soy, tal vez la mas desgraciada que pisó la tierra. Vuestras finas atenciones y generosos ofrecimientos me obligan á obedeceros; prestadme un poco de atencion, y sabreis mi triste historia.

«Mi patria ya la sabeis; en esto dije verdad: soy la hija desdichada de don Sancho, teniendo por nombre Leocadia. En un pueblo de los mas ricos de Andalucía, dos leguas distante del mio, reside un caballero muy principal, que tiene un hijo, cuya gentileza y talento son la envidia de cuantas doncellas han podido conocerle. Su aficion á la caza y la proximidad de nuestro pueblo, le llevó algunas veces á mi casa, las que fueron bastantes para ocasionar en mí el amor, la desgracia que ahora lloro. La discrecion y gallardía de Marco Antonio, su esclarecido linaje, los muchos bienes de fortuna que su padre poseia, y el orgullo de sobreponerme á tantas otras que le codiciaban, me hicieron aspirar á la indecible felicidad de tenerle por esposo. Este mi deseo, que no trato de ocultar, escitó igualmente el suyo hácia mí, ofreciéndome con mil protestas y juramentos llevarme al altar y exigiendo mi palabra de ser suya: por todo lo cual, para tranquilidad mia, me dió un papel firmado de su mano, en donde se obligaba á [s]acarme de la casa de mis padres á la noche siguiente y cumplirme a palabra de casamiento.»

Teodoro que habia escuchado con atencion á Leocadia, y desde que pronunció el nombre de Marco Antonio habia llenado su corazon de insufrible angustia, no pudiendo ya reprimirse por mas que quiso disimularlo, la interrumpió diciendo:—Y bien, ¿qué sucedió cuando llegó esa noche? ¿Marco Antonio, cumplió su palabra?—No señor, contestó Leocadia. No solamente no fué á cumplírmela, sino que pasados ocho dias supe que se habia marchado de su pueblo, llevándose consigo á otra doncella de su lugar llamada Teodocia, jóven de rara hermosura y discrecion, hija de padres muy nobles, á quienes dejó en el mayor desconsuelo con el robo de la doncella. Considerad, caballero, cuál quedaria mi corazon con el fuego de los celos. Ellos me representaban en la imaginacion á Teodocia mas hermosa que el sol; mas afortunada que mujer alguna sobre la tierra. Con el fin de dar libremente desahogo á mis quejas, ó mas bien con el de acabar en breve mi vida, resolví abandonar la casa de mis padres; á cuyo efecto, discurriendo en el modo de verificarlo con menos riesgo de ser hallada y contrariada en mis intentos, me puse un traje de un sirviente de mi casa y cogiéndole á mi padre gran cantidad de dinero, una noche salí de mi pueblo. Caminé á pié algunas leguas, y llegando á un pueblo llamado Osuna, subí en un carro para seguir mi camino, y á los dos dias me encontré en Sevilla. Compré allí otros vestidos y una mula; me reuní á otros caballeros que venian á Barcelona, y decidí embarcarme en unas galeras que deben pasar á Italia. Con este deseo caminaba contando por años las horas, cuando ayer me sucedió lo del encuentro con los bandoleros que ya sabeis. Aunque me quita-

ron todo el dinero y la ropa que traia, nada me fué de tanto sentimiento como la joya inestimable para mí que me llevaron en la maleta. Era aquella el papel firmado por Marco Antonio, pues él era el único consuelo que yo tenia en medio de mis amargos dolores, con la esperanza de que, tan luego como lograse volver á ver á este pérfido engañador, pondria delante de su vista aquel acusador de su mentida fé, y le obligaria á cumplir su compromiso. ¡Ah! no piense mi afortunada rival que habrá de robarme á poca costa el bien que con tanto derecho me pertenece, no: aunque en su felicidad se crea libre de mi vista, aunque se oculte debajo de la tierra, yo la buscaré, la encontraré y sabré quitarla la vida.

—Y si Teodocia tambien hubiese sido engañada, como vos, por Marco Antonio, dijo Teodoro, ¿seria justo vuestro enojo contra la infeliz?—Cuando dos que bien se quieren se encuentran juntos, ¿dónde puede estar el engaño? Ella le ama, él se la llevó consigo, los dos son felices.—Si fuera cierto lo que decís, repuso Teodoro, bien podria ella ser mas feliz que vos, señora; pero, ¿si estuviéseis engañada; si esa que llamais vuestra enemiga fuese víctima tambien de la perfidia de vuestro amante; si ella jamás se hubiese determinado á dejar la casa de sus padres por marcharse con el hombre que adoraba? Y, supongamos que hubiera hecho esto ignorando que os ofendia, no sabiendo que su amante tenia con vos compromiso, ya no hubo agravio, y por lo tanto seria injusta vuestra venganza.—En cuanto á la duda de que Teodocia hubiese dejado la casa paterna por seguir á su amado, nada teneis que decirme, pues tan virtuosa y bien nacida como ella era yo, y bien veis lo que hice. No es cosa nueva que una jóven, aun la mas virtuosa, sacrifique el amor de un padre por el cariño de un amante. De lo de habérsela llevado, no tiene duda; con que si la tiene á su lado, si ella es su esposa, ya no conviene lo de ser víctima de su perfidia. Ciertamente que por parte de ella no hay agravio para mí, porque lo ignoraba ella; pero á pesar de que así lo reconozco, los celos me la representan odiosa; el dolor del daño que me hace es un dardo que me atraviesa el corazon, por lo cual naturalmente mi deseo ha de ser arrancarle de él y hacerle pedazos.—Conociendo que la pasion que os ciega y el dolor que os atormenta no os dejan reflexionar ni admitir consejos, me abstengo de hablaros mas sobre este asunto; solamente vuelvo á repetiros que confieis en mí que sabré ayudaros en todo cuanto yo pudiere, lo mismo que mi hermano: los dos ofrecimos favoreceros, cuando ignorábamos vuestras desgracias; ahora que las conocemos, no faltaremos á nuestra palabra. Tambien nosotros poco mas ó menos, vamos en la misma direccion que vos llevais; si nuestra compañía no os desagrada,

podemos juntos hacer el viaje. Creo ser muy conveniente que conserveis el disfraz; y si quereis mudar el traje y en este pueblo hay proporcion de ello, yo me encargo de compraros los vestidos que mejor os convengan; dejemos en lo demas al tiempo, que sabrá daros remedio para vuestra situacion desesperada.

Leocadia dió á Teodoro las mas repetidas gracias por sus generosos ofrecimientos, y le suplicó que no la desamparase en medio de los muchos peligros á que estaba espuesta, si fuese conocida por mujer. En seguida se despidió y ambos se retiraron; Teodocia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro inmediato al de los dos.

Don Rafael, impaciente por saber el resultado de la conversacion de su hermana con el mozo que se sospechaba ser mujer, la estuvo aguardando, y ella le refirió estensamente cuanto Leocadia le habia dicho. Quedó admirado don Rafael con el relato de su hermana, y la dijo:—Si esa jóven es quien te ha dicho, puedo asegurar que no hay otra mas principal en su pueblo, ni mas noble que ella en toda la Andalucía. Su padre y el nuestro guardan estrechas relaciones: la fama que siempre ha tenido de hermosa, claramente vemos ahora que ha sido bien merecida. Procuremos impedir que hable á Marco Antonio ella primero que nosotros, porque me da algun cuidado la obligacion que la firmó, aun cuando ella dice que la ha perdido. Sin embargo, ya encontraremos remedio; acuéstate y nada temas.

Teodocia se acostó, mas el sueño huyó de sus ojos. La imaginacion no la quitaba un momento de su lado la hermosura de Leocadia, pintándosela mucho mayor de lo que era. ¡Cuánto la atormentaba el papel que su amante le habia firmado, cuyo contenido le parecia leer! Muchas veces no creia que Leocadia hubiese perdido tan importante escrito, y otras tantas imaginó, que aun siendo verdad, Marco Antonio la cumpliria su promesa. Si Teodocia pasó así la noche desasosegada, lo mismo le sucedió á su hermano don Rafael, porque tan luego como supo que aquella era Leocadia, su corazon ardió por ella en amor, como si ya de mucho tiempo antes la hubiese conocido.

CAPITULO III.

Leocadia sale para Barcelona en compañía de Teodocia y don Rafael.—Llegan á Barcelona y encuentran á Marco Antonio.—Marco Antonio queda herido en una sangrienta pelea.

Interminable pareció á don Rafael aquella noche, deseando el nuevo dia para proseguir su camino en busca de Marco Antonio, mas que con el fin de obligarle á casar con su hermana, con el de impedir que fuese marido de Leocadia. Llegado el dia, los dos hermanos dejaron las camas, y don Rafael preguntó al posadero si en aquel pueblo habria buena proporcion para comprar un traje bien decente á uno de sus pajes, á quien habian dejado desnudo unos bandidos que les salieron en el camino. El posadero contestó que seria dificil hallar el traje ya hecho con las circunstancias que deseaba y que fuese acomodado al cuerpo del airoso doncel que mas lo necesitaba entre los que le acompañaban; pero que si era para este que el posadero presumia, él tenia uno bastante lujoso de un cierto huésped jóven que despues de haber estado en la casa varios dias sin pagar sus gastos, hubo de dejar el vestido para cobro. Bien le pareció á don Rafael la proposicion; el posadero sacó el traje, Leocadia se le puso y la sentaba como si hubiera sido hecho á medida de su cuerpo. Don Rafael pagó el precio que al posadero le pareció conveniente estimarle, mas de su justo valor atendiendo al deseo que de él tenia el caballero, y él no reparó en dar lo que le pidieron, por ser para engalanar al objeto que ya le habia arrebatado el corazon. En efecto, Leocadia con el nuevo vestido estaba deslumbradora, tanto que don Rafael y su hermana desde el punto que la vieron tan bizarra, tan airosa, ya no fueron dueños de sí mismos; en él, abrasada el alma por un irresistible amor, y en ella, devoradas las entrañas por el fuego infernal de los celos.

Era por fin el dia deseado de llegar á Barcelona, y como no habia tiempo que perder para encontrarse allí antes que las galeras saliesen del puerto, á las ocho de la mañana mandó don Rafael á su criado que dispusiera los caballos, habiéndose ya proporcionado uno muy arrogante, que compró á buen precio, para el ídolo de su corazon. Se pusieron pues en camino, absortos los dos hermanos en sus profundos pensamientos, que agitaban sus ánimos de bien diferente manera, fija toda su atencion en Leocadia: Teodocia deseándola la

muerte antes que llegasen al puerto; y hasta hubo momentos en que pensó si seria conveniente llegar allá cuando las galeras hubiesen ya partido, para que Leocadia no pudiese ver y hallar á su amante. Don Rafael, la deseaba una larga vida; pero quisiera tambien poder estorbar la entrevista de ella con Marco Antonio, aunque fuese tal vez á costa del sosiego de su hermana. ¡Tanto puede el egoismo en el corazon humano! ¡Tanto ciega una pasion amorosa cuando no se la detiene en su vuelo! Marchaban en silencio nuestros viajeros, deseando y temiendo, celosos y apasionados.

A pesar de todo se dieron prisa, con lo cual consiguieron llegar á Barcelona cerca de la hora en que se ponia el sol. Su direccion fué desde luego al muelle, mas á los primeros pasos encontraron que las gentes corrian por las calles muy agitadas con grande alboroto. Las dos jóvenes recibieron por ello mucho sobresalto, y don Rafael no queriendo esponerlas á cualquier grave peligro que pudiera presentarse, determinó dejarlas en la primer casa que hallaron á mano, en tanto que él proseguia un poco mas adelante para informarse de la causa de aquella agitacion. Poco tiempo tardó el jóven caballero en volver junto á las damas, diciendo que toda la poblacion se alborotaba porque la gente de las galeras que estaban en la playa, habiéndose alborotado á consecuencia de una riña entre dos marineros y otros del pueblo, se habia trabado un reñido combate con los de la ciudad. Apenas oyeron esto las dos damas, sin poder contener los impulsos de su corazon, temiendo por la vida de su amado si estaba en peligro entre los de la contienda, gritaron despavoridas á una voz, como si ambas saliesen de un solo cuerpo:—¡Ah! corramos allá, por si podemos salvarle, ó muramos á su lado! Decir y hacer, fué cosa de un instante: las dos se precipitaron hácia la calle, y por mas que don Rafael procuró contenerlas y esponerlas lo temerario de su empresa, ellas ni le oyeron, ni cesaron un momento de correr hasta que dieron vista á las avenidas de la playa. Don Rafael hubo de seguirlas y ponerse á su lado para recibir el primero cualquier golpe que á las dos jóvenes amenazase.

Al llegar á la Marina vieron todo el terreno convertido en un sangriento campo de batalla. Espadas reluciendo por lo alto en todas direcciones; una contínua lluvia de piedras, cruzándose sobre las cabezas de los combatientes heridos y muertos, regando de sangre las arenas: un empeño, en fin, por destruirse los unos á los otros, espantosa gritería.

Las dos damas, y el caballero que las acompañaba, se aproximaron tanto al lugar de la pelea, que fácilmente podian distinguir los semblantes de los combatientes que habia por aquella parte. En el

momento de estar decididos á meter espuela á sus caballos para penetrar por medio de las espadas, don Rafael se suspendió á la vista de un bizarro mancebo de los de las galeras, que mas que otro alguno se distinguia por su valor. Era este un jóven como de veinte años, vestido de verde, su sombrero del mismo color, la pluma blanca y el cintillo guarnecido, al parecer, de diamantes. La interesante figura del mozo, el brillo de su vestido y la destreza y brio con que peleaba, fijaban la atencion de todos cuantos presenciaban el combate. No fué mucho que Teodocia y Leocadia le mirasen y esclamaran entusiasmadas á un mismo tiempo:—¡Aquel es! ¡allí está Marco Antonio!!! Con la velocidad del rayo saltaron de sus caballos, desenvainaron las espadas, y como si ningun peligro se opusiese á su paso, penetraron por medio de los que se acuchillaban, hasta verse la una á un lado y la otra al otro de Marco Antonio.—No temais por vuestra vida, señor Marco Antonio, esclamó Leocadia, que ya teneis al lado á la que sabrá con su pecho parar el golpe que viniere dirigido al vuestro.—Aquí teneis el escudo que salvará vuestra vida, aun á costa de la suya, dijo Teodocia. Don Rafael, viendo á su hermana y su amada en aquel lance, las siguió y se puso de su parte. Marco Antonio, aunque oyó las palabras de aquellos dos jóvenes que se le ponian al lado, con el ruido de la pelea y el afan de defenderse y ofender, no fijó en ellos su atencion, aunque no pudo conocerlos.

La gente de la cuidad fué aumentando hasta el punto de serles forzoso á los de las galeras el meterse en sus naves y retirarse de la orilla. Las autoridades, que debieron intervenir en el asunto, dispusieron lo conveniente para restablecer el órden, y presentándose á caballo el gobernador militar en el sitio de la contienda, todos le tuvieron respeto y se retiraron los de las turbas. Algunos alborotadores, al marcharse, dirigian desde lejos diversas piedras á los que se iban acogiendo al agua. La suerte de Marco Antonio, que cuando el sangriento combate le habia librado de tantas espadas como brillaron ante su pecho, quiso ahora que una de las piedras disparadas le acertase en la cabeza; dándole con tal furia, que le hizo caer en tierra á la orilla del agua, en el momento de tocar ya su pié á la nave donde se salvaban sus compañeros. Leocadia, viéndole caer herido, acudió á él principalmente, le abrazó y le sostuvo en sus brazos. Teodocia hizo lo mismo, y él, perdido el sentido, no pudo conocerlas. Don Rafael, que se hallaba un poco desviado defendiéndose de la multitud de piedras que llovian sobre su cabeza, quiso acudir al socorro de su amada y de su hermana y cuñado; pero el gobernador se le puso delante diciéndole:—Tranquilizaos, caballero; poneos á mi lado y estad seguro de que yo podré libraros de los desmanes de esa gente

...tin da.—Gracias, señor, por la merced que me dispensais; pero os ruego me dejeis llegar hasta el sitio en donde se hallan á riesgo las vidas de las personas que mas amo en el mundo; ese sitio es aquella orilla donde veis alzar del suelo á un herido. El gobernador le dejó pasar y contuvo á los que intentaban perseguirle; pero en aquella detencion, aunque corta, fuélo bastante para que mientras recogiesen á Marco Antonio y á Leocadia, que no le soltó un momento de sus brazos, entrando los dos en el esquife de la galera capitana. Teodocia quiso tambien embarcarse con ellos; mas ya fuese por estar cansada, ó ya fuese que la embargasen las fuerzas la pena de ver herido á Marco Antonio, fué lo cierto que, al poner el pié para subir en el esquife, la faltó el equilibrio, y hubiera sin duda caido al agua, si felizmente no hubiese llegado en aquel instante su hermano á socorrerla. Grande fué la pena de este cuando vió que Leocadia se marchaba con Marco Antonio, y no lo fué menor la de su hermana por verse precisada á quedarse.

La distancia que á entreambos les separaba de las embarcaciones, parecíales un espacio inmenso, y hubieran querido poderle alcanzar con los piés como lo hacian con la vista. Si grande fué su ansiedad cuando, estando en el camino, cualquiera incidente retardaba su llegada á Barcelona, mayor lo era entonces que, viéndose ya en el término de su viaje, y logrando el objeto de encontrar á Marco Antonio, le veian marchar acompañado de la que á entrambos hermanos les llevaba el corazon. Don Rafael quiso impedirlo, y al efecto pidió hablar con el capitan de las galeras, y le dijo que volviese á tierra á aquel caballero herido y al jóven que con él se habia embarcado; mas el capitan le contestó que no podia concedérselo por tener aquel pagado su viaje, y si á él no le acomodaba quedarse, de ningun modo se le podia obligar á ello.

El gobernador, que andaba recorriendo todo el campo haciendo retirar á los amotinados, llegó poco despues al sitio donde estaban don Rafael y su hermano, y admirado de la interesante belleza de este, les rogó que le hiciesen el obsequio de ir con él á su casa, donde recibiria el jóven, que se hallaba casi sin aliento, los auxilios que su situacion necesitaba. Don Rafael, forzado por la necesidad y al mismo tiempo discurriendo que de la autoridad de aquel caballero podria sacar partido en la empresa con Marco Antonio, aceptó su ofrecimiento, y los dos hermanos marcharon con él á su casa, que se hallaba en el sitio mas principal de la ciudad.

Luego que Teodoro en la casa del gobernador fué cuidadosamente tratado, en breve se reanimó, y queriendo los dos hermanos despedirse de aquel caballero, que tan cortesmente habia procedido con ellos,

él insistia en que permaneciesen por mas tiempo en su casa; mas le dijeron que les era forzoso volver al puerto antes de que partiesen las galeras.—Entonces él les preguntó en cuál de ellas habian venido, y don Rafael contestó:—En ninguna, señor gobernador; somos forasteros que veníamos á buscar á cierto sujeto que va embarcado en esas galeras, y habiendo llegado precisamente cuando se principiaba la pendencia, conocimos entre los combatientes al caballero que buscábamos, que es el mismo que han entrado herido de una pedrada en el esquife.—Ya que os habeis mostrado tan generoso con nosotros, añadió Teodoro, me atrevo á suplicaros hagais porque saquen á tierra al herido, á paraje donde podamos verle.

Sin oir mas razones el gobernador, dió inmediatamente sus órdenes para que se cumpliera el deseo de aquel jóven. Los ordenanzas que fueron á la Marina desempeñaron tan bien su encargo, que llegando en el momento de estar curando á Marco Antonio, luego que se concluyó la operacion, le pusieron con mucho esmero en tierra y le condujeron en un coche á la casa del gobernador, yendo tambien con él Leocadia, que no quiso apartarse de su lado ni un instante.

Mucha satisfaccion causó á Teodocia el ver entrar á Marco Antonio en la casa donde ella estaba; pues veia con placer que podria por sí misma emplearse en asistirle mientras durase la curacion de su herida; y aunque la daba gran pesar el ver que Leocadia tambien habia de estar á su lado, sin embargo, abrigaba la esperanza de que cuando su amado estuviese completamente restablecido, podria ella mas que su rival atendido el auxilio poderoso de su hermano, y en caso necesario tambien el del gobernador. Este hizo ir á un cirujano de los mas afamados para que se encargase de la curacion de la herida. Luego que el facultativo examinó al paciente, don Rafael quiso saber si el estado de aquel era de gravedad, á lo cual dijo el cirujano que la herida era de bastante consideracion, pero que con algunos medicamentos y un regular cuidado por parte de los asistentes, no tardaria mucho en quedar curado.

CAPITULO IV.

Leocadia pide á Marco Antonio que le cumpla su palabra.—Respuesta de él.—Su casamiento con Teodocia.—Don Rafael se casa con Leocadia.

Todo el dia primero lo pasó Marco Antonio completamente aletargado, con que no pudo conocer á Leocadia ni á Teodocia que no se

apartaron ni un instante de su lado, esmerándose á porfía en asistirle con lo que habia dispuesto el cirujano. Al tercer dia ya se encontraba muy aliviado, y aprovechando Leocadia una ocasion en que Marco Antonio despertaba despues de haber descansado largo rato, hallándose presentes el gobernador, don Rafael y Teodocia, se aproximó á su cabecera, le tomó una mano y le dijo:—Ya sé que no es ocasion, señor Marco Antonio, de molestaros con muchas palabras; os hablaré las menos posibles, y no estrañará nadie mi impaciencia si está mi vida y alma interesada en lo que voy á deciros.

Fijó Marco Antonio en ella los ojos, y reconociéndola con gran sorpresa, volvió á bajar la vista; permaneció un momento en silencio, luego la miró de nuevo y con voz debilitada la dijo:—Hablad, señora, cuanto quisiéreis, aunque bien pudiera contestaros sin oiros; pues conozco lo que me vendreis á pedir; pero no es bien digais que me niego á escucharos: podeis principiar. Teodocia, que no se aguardaba el momento aquel tan repentino de que su rival hablase al herido, quedó fuera de sí cuando la oyó las primeras palabras, y toda su vida la tenia pendiente de la voz de Leocadia y de los lábios de Marco Antonio. Tambien cada palabra de aquella era un dardo para el corazon de don Rafael. Leocadia prosiguió:—Caballero, si el golpe que habeis recibido en la cabeza, y que hirió mi corazon, no borró de vuestra memoria la imágen de aquella que, poco tiempo há, llamábais vuestra gloria, en la cual deciais existir toda vuestra felicidad, no podreis ahora negar quién fué para vos Leocadia, cuáles fueron sus compromisos, y cuál fué la palabra que la disteis, firmada en un documento de vuestra propia mano; el cual conserva esta infeliz, por mas que tenga la confianza de que para caballeros tan bien nacidos, y amantes tan apasionados como vos, la conciencia y el corazon son mas que todos los papeles y las firmas. Creo, señor Marco Antonio, que nada de esto habreis olvidado; y al encontrarme en este traje, conocereis que la apasionada Leocadia, tan luego como supo que os habíais ausentado de vuestro lugar, atropellando un sin número de inconvenientes, pensó tan solo en seguiros. Sí, creedme, caballero; este traje le tomé con intento de buscaros por todas partes, aunque os ocultase la tierra. Algunos trabajos he pasado con mi empeño, pero todos los doy por bien empleados cuando tengo el gusto de volveros á ver y hallaros. Si en el momento que Dios fuere servido devolveros la salud me cumpliéseis la palabra que me teneis dada, me juzgaré la mas dichosa de las mujeres.

Calló Leocadia, y todos los presentes, que mientras hablaba guardaron un profundo silencio; con el mismo esperaron la respuesta de Marco Antonio. Este dijo así:—Mucha vileza seria la mia, señora, si

negase el conoceros: no desconozco tampoco el grande amor que me habeis tenido, y el que yo tambien os tuve algun tiempo. No niego vuestra incomparable honestidad y recogimiento, ni os tengo en menos por lo que habeis hecho, de abandonar la casa de vuestros padres y venir á buscarme, andando sola por los caminos en traje diferente del vuestro. Nada de esto menoscaba la estimacion en que siempre os tuve; antes por el contrario, de hoy en adelante, por todo el tiempo que Dios fuere servido darme de vida, os estimaré en el mayor grado que pueda. Mas por si acaso la dolencia que me hallo padeciendo fuese la postrera de mi vida, no quiero llevar al tribunal de la Suprema Justicia el remordimiento de haberos ocultado la verdad, jurándoos un amor solo, eterno y verdadero. Cierto es, hermosa Leocadia, que me amásteis con delirio y que correspondí queriéndoos bien de veras; en fé de lo cual os firmé la obligacion que me habeis citado. Pero asimismo confieso que muchos dias antes de firmaros ese documento, ya tenia yo dado mi corazon á otra doncella de mi mismo pueblo, á la cual vos conoceis, llamada Teodocia, hija de padres tan nobles como los vuestros, y no inferior á vos en virtudes y discrecion. Si á vos os dí un papel firmado de mi mano á ella le dí mi mano y alma; con tales juramentos, que desde entonces quedé imposibilitado de unirme á otra persona en el mundo: pues aunque ante los hombres no estoy casado, para con Dios no soy dueño de mi libertad. Los amores que tuve con vos, en nada pudieron ofenderos ni os ofenderán jamás aun cuando digo que solo fueron pasatiempo; cuando los principié ya era yo esposo legítimo de Teodocia, por lo cual no pude, ni puedo, serlo vuestro. Este fue un estravío de mi juventud, que ahora lloro con toda mi alma. Si á un mismo tiempo, á Teodocia dejé y á vos no cumplí lo prometido, lo hice creyendo que semejantes cosas eran de poca importancia, pudiéndolas, por lo tanto, hacer sin escrúpulo alguno. Cuando abandoné á las dos, pensé marcharme á Italia y pasar allí en el servicio de las armas algunos de los años de mi juventud. Pero sin duda el Cielo quiso poner término á mis desaciertos y castigarme, trayéndome al estado en que me veo. Si su voluntad fuere quitarme la vida en esta cama, y si por acaso en algun tiempo Teodocia tuviere noticia de mi muerte, ruégole á Dios que tambien la haga saber como delante de vos y de todos los que están presentes la cumplo la palabra que la dí en perfecta salud, declarándola mi esposa en los instantes postreros de mi vida.

Todo el tiempo que Marco Antonio habia estado hablando, tuvo la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la almohada: cuando pronunció las últimas palabras, se dejó caer desmayado. Leocadia se habia quedado fria como el mármol; hubiera deseado llorar, y sus ojos

no vertieron una lágrima; quiso hablar, y sus lábios no pudieron articular una palabra; pensó retirarse, y los piés no acertaron á dar un paso. En el momento de caer Marco Antonio sobre la almohada, el primero que acudió en su ayuda fué don Rafael, que abrazándole estrechamente le dijo:—Volved en vos, señor mio; abrid los ojos á la luz y vereis á vuestro lado las personas que os aman con toda sinceridad, y á las cuales consagrais un recuerdo de cariño en este momento solemne de vuestra vida. Tended los brazos y estrechar en ellos á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: reconoced á Rafael vuestro compañero de la infancia, que ha venido á vuestro lecho para ser testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer declarándola vuestra esposa.

Como si estas palabras le hubiesen reanimado, volvió en sí Marco Antonio, fijó sus ojos en don Rafael y al instante le conoció: entusiasmado estendió los brazos, le abrazó muy estrechamente, y besándole en el rostro le dijo:—Si siempre sale cierto que tras de una alegría viene un pesar, grandísimo ha de ser por fuerza el que á mí me aguarda, por el estremado placer que esperimento al veros tan impensadamente á mi lado, hermano y señor mio. Pero cualquiera que fuere el contratiempo que me aguarda, le daré por bien venido á trueque del contento que tengo al veros.—Pues aun quiero que le tengais mas completo, repuso don Rafael, presentándoos esta joya, que es vuestra esposa. Y diciendo esto, buscó entre los circunstantes á Teodocia, que se habia retirado á un lado y estaba llorando á impulso de los grandes afectos que agitaban su corazon de pesar y de alegría por lo que habia oido decir á Marco Antonio. La tomó su hermano de la mano y la hizo aproximarse á la cama. Marco Antonio la miró sorprendido y al punto la conoció. Su semblante desde aquel momento ya tomó un nuevo aspecto: sus ojos se reanimaron, sus mejillas cambiaron de la estremada palidez que antes tenian, en un color sonrosado que daba mucho realce á su rostro agraciado; asomó á su boca una dulce sonrisa, y sus miembros adquirieron su natural agilidad. Estendió los brazos entusiasmado y la abrazó estrechamente, llorando los dos un largo espacio, con tiernas y amorosas lágrimas.

Todos los que se habian encontrado presentes quedaron admirados de tan inesperado y estraño acontecimiento, y participaron del indecible regocijo con que los dos jóvenes amantes se habian encontrado unidos de modo tan impensado. Celebraron mucho el caballeroso proceder de Marco Antonio, y al referirles don Rafael la arriesgada resolucion de Teodocia, y su generoso comportamiento desde el instante que halló á su bella rival, todos la prodigaron los mas sinceros elogios. Solamente uno, entre tantos, estaba bien distante del general re-

gocijo: una persona entre aquellas sufria los mas acerbos dolores, desgarrado cruelmente su pecho por un terrible desengaño Esta era Leocadia que, viendo al mancebo que tuvo por hermano de don Rafael, en brazos del que habia creido ser esposo suyo, en su primer impulso desahogó en un amargo llanto; y despues, arrebatada de un ciego frenesí, viendo burlados sus deseos y ultrajado su amor propio, se ocultó á la vista de todos los presentes, permaneciendo escondida entre el cortinaje de la cama un buen rato. Allí pensó poner término á su desesperacion ahorcándose con su propio cabello sin que nadie se apercibiese; mas luego, de repente, adoptó nueva resolucion, y saliendo precipitadamente de la sala, se puso al momento en la calle y principió á correr desesperada con direccion al muelle, para sepultarse allí donde jamás gentes algunas la viesen.

Don Rafael, que tan luego como vió logrado su primer deseo de que su hermana fuese esposa de Marco Antonio, pensó en seguida en su propia felicidad, si allanados los obstáculos, llegaba á ver esposa suya á la hermosa Leocadia. Este vehemente deseo le hizo buscarla desde luego con la vista entre los circunstantes, y no encontrándola, se apartó del lado de su hermana y cuñado, y miró despavorido en todas direcciones, y como si le faltara el alma, preguntó á todos por ella; mas nadie le pudo dar razon. Lleno de pena y sobresalto, sin esperar á mas, corrió hácia la calle sin saber por dónde buscarla. Ningun indicio, ningun rastro habia que le manifestase la direccion que habia tomado su amada; sin embargo, un presentimiento del corazon le hizo creer si se habria vuelto á las galeras. En esta idea se fijó al punto el desconsolado caballero, y encaminándose á la Marina, un poco antes de llegar allí, oyó algunas voces y vió correr hácia la orilla las gentes que andaban por la playa. Entonces redobló su paso tanto que apenas podia echar el aliento. Cuando estuvo en el sitio donde se agolpaba la gente, descubrió entre todos á Leocadia que, pálida y desmelenada, porfiaba por soltarse de las manos de tres ó cuatro hombres que la sujetaban; y era el caso que habiendo intentado arrojarse al mar, en el acto de irlo á verificar, algunas gentes que habian sospechado su intencion desde que la vieron encaminarse como loca al punto aquel, corrieron tras ella y pudieron evitar que lo consumase.

Aterrado quedó con tal escena don Rafael; pero recobrando toda la energía que exigian las circunstancias, púsose delante de Leocadia con ánimo de emplear las mas duras reprensiones para disuadirla de su criminal intento. No le fué necesario usar de tales medios porque su sola presencia bastó para que Leocadia se repusiese, y como avergonzada de su hecho, sin pronunciar una palabra, logró por un mo-

mento soltarse las manos que la sujetaban, se cubrió con ellas el rostro y se arrojó instantáneamente á los pies de don Rafael. Este mudó entonces la severidad que habia revestido su fisonomía en dulce amabilidad, y alzando del suelo á su adorada, la hizo apoyar en su brazo y la condujo hácia la ciudad. En el camino la dijo:—¿Por qué, pues, hermosa Leocadia, intentábais poner fin á vuestra preciosa vida, que será el encanto de quien adorándoos algunos dias en silencio, ve, por fin, llegado el momento de poner término á su angustioso afan? Sí, adorable Leocadia; tiempo es ya de descubriros los secretos de mi corazon, para que no quede sepultada en perpétuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad que ha nacido ni puede nacer en un pecho amante. Ojalá mis palabras apasionadas hagan eco en vuestro corazon alucinado por otro amor, y os hagan conocer que Marco Antonio en nada escede al que hoy tiene la dicha de manifestaros su acrisolada pasion. Volved en vos, señora, y tomad el remedio que la suerte os ofrece en el estremo de vuestra desgracia. Habeis salido de vuestra casa habeis abandonado á vuestros padres por ir en busca de un amante que os desdeñaba, y esta nota os imposibilitaba el volver sola al lugar donde salísteis; un esposo es el único que os puede presentar á vuestras gentes y hacer enmudecer las lenguas que ya desde algunos dias se emplean en ofenderos. Ya veis que Marco Antonio no puede llenar estas condiciones; no puede ser vuestro, porque el cielo, que le destinó para mi hermana, quiso que despues de haberla espuesto á los mismos peligros que á vos dejándola sola y abandonada, encontrase, cuando menos lo esperaba, el brazo protector de un hermano, para conducirla hasta donde habia de hallar al que pérfidamente intentaba burlarla. Este objeto se vió conseguido, y el engañador, puesto á las puertas de la muerte por la misma mano de la Providencia, reconoce su falta y cumple con el mas sagrado de sus deberes. Vos no estais en el caso de mi hermana; lejos de vuestro país, os falta el apoyo de un hermano; encontrais al amante que os juró no abandonaros, y ese amante, á vuestra presencia, se une con otra en lazo indisoluble. Considerad, pues, adorable Leocadia, que si el cielo quiso traeros á tal situacion, poniendo á prueba todas vuestras virtudes, dispuso al mismo tiempo que halláseis otro corazon ardiente y leal, capaz de dulcificar la amargura en que os dejase la pérdida de Marco Antonio. Si, la voluntad de Dios, que os ha quitado la mano de esposo de aquel, os quiere recompensar conmigo, que no deseo mas felicidad en esta vida, que llegar á obtener el inapreciable título de esposo vuestro.

Mientras don Rafael siguió hablando, permaneció Leocadia en silencio, y cada espresion de aquel, era un agudo dardo que penetraba

en lo íntimo de su corazon. Cuando él concluyó, la jóven dejó escapar un profundo suspiro; dudó un momento si le contestaria en seguida, y, por fin, se decidió dándole la respuesta siguiente:—Pues el cielo así lo ha dispuesto, cúmplase su voluntad. Acepto de buen grado la merced que me haceis, porque nunca en mi pecho tuvo cabida la ingratitud. Aprecio, como es justo, los cuidados que por mí habeis tomado desde el punto en que me visteis, y al honor que ahora me haceis, no puedo menos de corresponder con alma y vida. Esta es mi mano; vuestra esposa es Leocadia.

Diciendo así, la doncella dió su mano al caballero y él la dió la suya, llegando en esto á la casa del gobernador, donde todos aguardaban con la mayor impaciencia y desconsuelo. Grande fue la alegría que aquellas gentes recibieron al verlos entrar, y la tuvieron sin límites al oir á don Rafael que les presentaba á su esposa, la bella Leocadia. Esta nueva hizo salir lágrimas de los ojos de todos, particularmente de Marco Antonio y Teodocia; lágrimas de placer, que fueron interrumpidas por la llegada del sacerdote que para los desposorios de estos habia sido avisado. Verificáronse á un tiempo las bodas de entrambas parejas, mudando antes Leocadia y Teodocia sus trajes; para lo cual el gobernador las vistió con los mas lujosos de su mujer. Pasados quince dias, Marco Antonio, completamente restablecido, se levantó de la cama, celebrándose las bodas con grandes regocijos. Durante su enfermedad, el herido ofreció visitar en romería y á pie á Santiago de Galicia, y para cumplir la promesa le acompañaron su esposa, don Rafael y Leocadia. Se despidieron con las espresiones mas corteses del generoso gobernador, que tanto les habia favorecido, y nunca olvidaron las mercedes tan singulares que les hizo. Llegaron á Santiago sufriendo muchas incomodidades en el camino; y despues de orar al Santo, se dirigieron á sus casas, entrando, por fin, en el lugar de Marco Antonio, donde fueron muy bien recibidos por los padres de este: y avisados luego los de Leocadia y Teodocia, se reunieron todos, celebraron mucho las bodas, y allí los jóvenes esposos vivieron largos y felices años, dejando á su ilustre descendencia la memoria de sus estrañas aventuras.

FIN.